

CAPITULO VIII.

Conflictos.

Mientras Sobeiya intentaba penetrar con grave riesgo de su vida y de la vida de Filippo en la mazmorra donde yacia el pintor; intentaba el Sultan, padre de la hermosa, casarla con el caballero ó el príncipe que tuviese mayores cualidades para asegurar la ventura de tan idolatrada prenda. Semejantes propósitos se revelaron algunos días despues de la noche en que hemos visto los amorosos transportes de la jóven, herida en el corazon de una sola mirada, y quejándose de esta herida con palabras tan melancólicas y tan tiernas como los arrullos de la tórtola desperejada y viuda. En oriental estancia se encontraba el poderoso señor de la ciudad. Y con decir que era oriental la estancia basta para pintar su riqueza: las puertas incrustadas de oro; las baldosas de mármol, que brillaban como la nieve pura en los altos montes; las cortinas persas, que arbolaban la luz; las paredes alicatadas con líneas de mil caprichosos juegos á través de cuyas combinaciones lucian mil varios matices; la rotonda de estaláctitas múltiples, asemejándose á una gruta de huries; los ajimeces en dentados arcos de herradura á través de cuyas celosías entraban, exhalados por los naturales pebeteros de huertos y jardines, las esencias del jazmin y del azahar; las pajareras de redcillas áureas henchidas con gorgeos continuos; la fuente en el centro despidiendo con sus cristalinas rumorosas aguas suave freseura y suavísimos murmullos; el sofá de púrpura, á cuya cabeza estaba la ménsula de nácar con las tazas llenas de embriagadoras bebidas y á cuyos piés los taburetes de sándalo olorosísimo; los cojines de tisúes apercebidos por doquier sobre rameados tapices para cuantos tuvieran derecho de sentarse; en la recatada

tribuna la orquesta melodiosa y en los ángulos aquellos jarrones llenos de asiáticas especies, y de tal manera abillantados por los alfareros, que parecían piedras preciosas realzadas en la mezcla de la luz y de las sombras con tanta sabiduría compuesta por los espacios de aquellos camarines consagrados al ocio y al placer.

Perezosamente tendido estaba allí el Sultan. Su túnica ó camisa de seda amarilla, era tan fina, que podría cogerse y encerrarse en una sola mano. Sus zaragüelles de blanco lino, traídos de Armenia, brillaban con reflejos propios de los más relucientes mármoles. Una rica faja de seda los suspendía á los riñones y unos aritos de oro macizo los sujetaban á los tobillos. Su kaba ó sobreveste de brocado rosa rameado de plata, le ceñía desde los hombros á las plantas. Los dos extremos de tal vestimenta componíanse de sandalias preciosas, sobre cuyo tafilete oscuro resaltaban vivísimos bordados, y de un turbante entre cuyas gasas argentadas relucia grande esmeralda que le daba sobre la frente. Un cinturón ó tahali de pedrería lo completaba todo, como que de él bajaba sobre el costado la cimitarra, signo á un mismo tiempo de fuerza incontrastable y de incontestada soberanía.

A una señal, como si seres invisibles lo sirvieran, abriéronse las puertas y dejaron pasar á la córte. Nada tan pintoresco. El bord de vivos colores resaltaba entre los trages, dando al conjunto de aquellos varios grupos subidas entonaciones que hubieran deslumbrado al más valioso colorista. Junto al blanco lino yemenita componia como ideado contraste la roja escarlata marroquí. El negro bornoz de los guardias armonizábase con las flotantes túnicas de brocados que llevaban los cadies. Al inmenso moflah con que los ulemas cubrian su cabeza juntábanse los giffarás de origen español y las tocas ceñidas con cordones de lustrosa sedería. Los mancebos lucian sus gorros recamados de oro, y los ancianos sus largos velos que les daban aspecto de majestuosas y funerarias estatuas. Y no quiero añadir á todos estos esplendores el brillo de los arreos militares, de las cotas de malla parecidas á redes de plata, ni de los petos damasquinados, ni de los cascos que relumbraban como encendida lumbre, ni de las gumias suspensas al costado y cuyas vainas se asemejaban á serpientes con escamas de jacintos, zafiros y rubies.

El sultan de Túnez, despues de haberlos saludado con las frases propias del hiperbólico estilo oriental, díjoles que estaba decidido á casar inmediatamente á su hija, porque el hijo único que tenia, estaba destinado á luengas tierras y á grandes dominios, necesitando, por tanto, un príncipe en su familia; pero que estaba indeciso entre el mas poeta, el mas noble ó el mas guerrero de su corte, indecision tanto mas de comprender y de justificar, cuanto que el elegido para el enlace con la princesa debia ser tambien el elegido para la gobernacion del reino. Y despues de haber dicho esto, alzando la voz, exclamó:

—Said, recuérdame en tu estilo épico algunas de las grandes acciones humanas, á ver si me persuades que para dar la felicidad no hay agente como un poeta bajo el cielo; porque al resplandor de la fantasía reúne la exaltación del corazón, y á la exaltación del corazón la bondad del natural y del carácter.

—Tus órdenes son mandatos, ¡oh conquistador de tantas zonas en esta tierra de Africa! El poeta que te lame la mano como un perro del serrallo devoraría las entrañas de tus enemigos como un león del desierto. Cantaré, si quieres, el polvo levantado por tus plantas y lo encareceré mas que la nube venida de lejano lago á calmar la sed de la campiña en el ardiente estío. Mis palabras en sí valen menos que granos de cebada; pero si tú las oyes y las aceptas, se trocarán en perlas de la inteligencia. Mi corazón podrá ser carbon negro y frío; pero una mirada tuya lo convertirá en carbon rojo y encendido. El mundo se cae á pedazos bajo torrentes de lágrimas como se caen los mas bellos edificios á las inclemencias del viento y de la lluvia: los versos lo sostienen y lo aderezan hasta hacerlo un verdadero paraíso. Imitaré á Firdousi, ¡ay! sin lograr emularlo: que la retama no dará frutos dulces como la palmera aunque la riegues con la miel mas sabrosa del Eden. Alabanzas sean dichas en loor de Alhá, que ha encendido el sol en el cielo y la inteligencia en la frente; que ha pintado el lucero de la tarde y la fantasía del poeta. Roguemos á Alhá y movámosle á que en el mar inmenso nos dé por compañero un piloto, en la tierra un ulema, y en la otra vida un profeta. Y despues de apercibidos así, contemos la historia de Zohak, que vivió mil años, para castigo del mundo. En su tiempo disminuyó la religion y aumentó la magia. Su corazón era de hiena, su cabeza de culebra, sus dientes de víbora. Arrancó dos mujeres á su hogar y las llevó al palacio, aunque las infelices temblaban como dos hojas de álamo. Todas las noches llevaba robustos mancebos á su presencia, les abría el cráneo y daba sus sesos á las serpientes. Diariamente, pues, mataba dos. Y santones prudentísimos, disfrazados de cocineros, salvaban todas las noches una de estas víctimas y dejaban matar la otra por no engendrar sospechas, sustituyendo los sesos de los vivos con sesos de cordero. Y el malvado Zohak tuvo un sueño y vió un mancebo erguido como airoso ciprés, que le aplastaba todos los huesos con un ariete y lo arrastraba, atado á una fuerte correa, hasta la cima de siniestra montaña. Y al despertarse de tal sueño, lanzó un grito que sacudió como un huracán su sala de cien columnas, y conmovió como un terremoto los lechos de sus tres mil concubinas. Creíase inmortal, como si la bóveda del cielo girando sobre un muro de bronce no pudiese pulverizarlo y destruirlo. ¡Ah! Los sábios le interpretaron el sueño y le dijeron que Feridoun daría cuenta de él á la justicia del cielo. Y desde aquel instante buscó al libertador para inmolarlo. Una vaca, cuya piel se parecía en lo multicolor á la cola del pavo real, lactaba y

sostenía al vengador. Y Zohak se ponía su corona de turquesas, se asentaba en su trono de marfil, y pedía á todos los genios malos ponzoñas para acabar hasta con el aire reservado al que debía llamarse su enemigo en las divinas predestinaciones. Y el predestinado montó en su caballo negro, irguió la frente tanto que frisaba con el sol, y llenó su inteligencia con la idea de justicia y su corazón con el ansia y anhelo del castigo. Y llegó al palacio de Zohak, y aunque lo vió tan alto que tocaba casi con Saturno en el cielo, dejó la rienda suelta á su corcel y arremetió con fuerza á sus muros. Y como si las águilas le hubieran dado sus alas y los huracanes su fuerza, entró en el vedado alcázar y se asentó en el vacío trono. En tanto que Feridoun venía de la tierra del Iram á limpiar aquel triste alcázar de monstruos, Zohak se iba á la tierra del Indostan en busca de sortilegios y hechizos. Los eunucos de éste no podían comprender como un extranjero osaba penetrar en el palacio de su sultán y erguirse y presentarse á sus ojos con una corona en su frente como altivo ciprés sobre el cual se levanta la blanca luna. Y llamaron al tirano, que volvió con un ejército de genios malos, tan negros como la noche y tan exterminadores como la peste. La batalla fué terrible. La tierra se estremecía y los aires relampagueaban; caían de las casas los ladrillos y de los palacios las piedras; los sablazos flameaban como los rayos en tempestad oscura y las flechas caían como los granizos de tonante nube; el polvo de la batalla oscureció la luz diurna y el bote de las lanzas horadó las piedras y los peñascos; el héroe se levantó llevando un escudo de oro tan reluciente como el sol en la mañana y una correa de piel de leones tan larga como la cadena del tiempo; y fué atado el tirano y conducido á una roca, donde clavadas sus manos y clavados sus piés, despedía del corazón torrentes de negra sangre. Esta gran justicia nos enseña de qué suerte debemos proceder en la vida para encontrar el bien, que es tan necesario á nosotros y á nuestros semejantes. ¿Habeis visto lo que fué Feridoun para la monarquía persa? Pues eso mismo sería yo en mi amorosa boda. Combatiría el mal como nuestro héroe combatió á Zohak y depositaría mi corazón y mi diadema á las plantas de tu hija.

—He oído, dijo el sultán, tu relación, y no podré con facilidad olvidarla. Por ella veo que la buena poesía se hermana con la buena moral. De grado te daría con este anillo el corazón de mi hija y el dominio sobre la tierra si no estuviese decidido á oír al valor y á la nobleza. Ya habeis escuchado al competidor con quien luchais. Una imaginación llena de encanto vale mas que un cinturón lleno de oro. Una prosapia enlazada con nobilísimos abuelos significa una grande proximidad al Profeta. Eres noble, Ayoub, cuéntame, pues, tus ascendientes y háblame con verdadera sencillez de tu origen.

—Yo, Sultán, desciendo de Abdel-Melek, y no puede haber mas noble prosapia que la mia en toda el Asia. Ni los descendientes de Fátima, ni

los hijos de Alí, ni la posteridad de Abbas competirán jamás con quienes fueron, si no la pluma, la espada del Koran. La bella ciudad de Damasco está unida á nuestro nombre como la esposa al esposo. Otros califas opri- mieron al califato y devastaron con sus alcabaleros las provincias; mis ma- yores pidieron á la guerra y á la conquista el tributo indispensable al man- tenimiento de su autoridad y de su imperio. En nuestras manos y en manos de nuestros tenientes voló, como si tuviera alas de halcon, la enseña del Profeta desde la tierra del Iemen hasta la tierra del Nilo, desde la tierra del Nilo hasta la orilla africana del Atlántico, desde la orilla africana del Atlántico hasta el peñon de Gibraltar, puerta del Andaluz y que es tambien pórtico de Europa. Pero ¿á quién cuento esas cosas? Á los mismos señores del Magreb, testigos de que mis padres pasaron por sus tierras con más estruendo que las nubes tempestuosas por sus cielos. La indómita España quedó sujeta por nuestro freno, que le travó la boca; y domada por nues- tras espuelas, que le ensangrentaron los hijares. Mil ciudades desde Alge- ciras la verde hasta Mérida la romana y desde la fenicia Gades hasta la sábia Osea, entraron como sultanas en nuestro serrallo y sometieron la cerviz á nuestro yugo. Allá en Oriente, en nuestra cuna, el Imperio de mi familia cayó á causa de que los nietos del yerno de Mahoma no podían olvidar recuerdos de religion y aspiraciones de estirpe. El muslim se levantó contra el muslim, los descendientes de Abbas contra los descendientes de Abdel- Melek, las ruinas profanadas de Babilonia contra los esplendores nacientes de Damasco. Y por haberlo querido así el hado enemigo, las zorras ven- cieron á los leones, los Abassidas á los Omniadas. Mis últimos parientes, que aun podían con sus cimitarras tintas en sangre infiel, mantener el res- peto á su autoridad y á su gloria, fueron asesinados en un festin por los domésticos que á cada cual servían y que les cercenaron las cabezas. No- venta cayeron á una señal dada, y sobre sus cuerpos palpitantes arrojaron los enemigos un tapiz y bebieron y cantaron, mezclando el vino maldecido con la pura sangre nuestra, y la cadencia de los cánticos y el rasguear de las guzlas con los estertores y los quejidos de la más terrible agonía. Uno solo se salvó, refugiado en tribu africana, perdido en los desiertos, bebiendo por todo licor la blanca leche de vuestras camellas, y alimentándose por todo alimento con los dátiles endulzados por vuestro ardiente sol. Y ese fundó el califato de Córdoba, que ha sido como un espejo del cielo, y la aljama de Sierra Morena, que ha eclipsado á la grande aljama de la Meca. Hé ahí, Sultan, mi ascendencia materna. En cuanto á la paterna, mejor que yo la sabes tú. Allá donde el rio del Andaluz se acerca al mar, hay una ciudad, que en vano han pretendido bautizar los nazarenos, pues pertenece y per- tenececerá mientras viva, á las huries del mahometano Eden. Sapiéntísima era Córdoba, pero Sevilla la vencía en tañer la cítara y en estudiar el cielo. Cercada de jardines se eleva en su recinto la Giralda, á cuya cima vienen

las estrellas siempre que quieran contarnos algun secreto del Empíreo. Allí se enseñan la astronomía y la música. Y de su último rey desciende este mancebo que te habla. Vuestras crónicas cuentan como lo vieron allá en el esplendor de su trono y aquí en la tristeza de su destierro. El que habitó los alcázares sevillanos ¡ay! no tuvo en el desierto una tienda. El que ciñó diadema cuyas piedras se confundían con las estrellas, no encontró turbante que guareciese su cabeza de las inclemencias del aire. Allí le despidieron las hijas de Sevilla, hiriendo con las uñas sus bellos rostros y rasgando de dolor sus ricos velos; aquí las ondas del mar y las arenas del desierto se ar- remolinaron para anegarlo y confundirlo. Al primer poeta que le saludó en Tánger le dió el último dinero traído de Sevilla y sellado con el rojo licor de sus venas. Y el que derramó oro como luz el sol, tendió la mano en los caminos y tuvo que pedir limosna á los viandantes. Como encontrara una rogativa que iba en procesion á impetrar de Dios agua para los campos se- cos, díjoles: yo os inundaré con mis lágrimas. Y las miradas, que antes le buscaban, se convertían lejos, muy lejos de sus ojos sin luz; y los brazos que antes se alzaban suplicantes á él; caíanse desmayados como las plantas marchitas. Sus pequeñuelos se encontraron faltos de lo que tienen los ca- chorros, del pecho de una madre, del abrigo de una madriguera, del fresco de una sombra. Sus hijas, destinadas á desposarse con reyes, corrieron las calles y las playas de las ciudades africanas, mal vestidas de harapos; y por un pedazo de pan hilaron el copo como infelices mendigas. No tuvieron ni al- pargatas las que encerraron sus piececitos en borceguies cuajados de perlas. Y los pregoneros que anunciaban su salida del alcázar y separaban las gen- tes á su paso, las quisieron tomar como criadas. Y en el calabozo, al son de su cadena, trazaba el rey elegías que hubieran partido en mil pedazos, de dolor, hasta las frias piedras. Cómo no trazarlas cuando venia del país don- de los limoneros con sus frutos de oro se mezclan á los granados con sus flores purpurinas, y los granados á los olivos cuyo florecimiento se aseme- ja á una blanca nevada. Cómo no trazarlas cuando allí la luna se levanta se- guida de estrellas como reina oriental de su corte, y ríela en las aguas del Guadalquivir perfumadas de azahar, y entona con sus reflejos de plata los miradores sembrados de azulejos y las torres que parecen mantener sobre su cima el profundo y alto firmamento. Mi padre, al morir, solo me ha legado una cosa, la llave del alcázar construido por nuestros sábios alarifes y profanado por los reyes nazarenos. Y yo he prometido que algun día iremos allá donde los ruseñores tienen sus mas preciados nidos, donde las palomas arrullan con suavísimos arrullos, donde bajan las aves del aire y las estrellas del cielo, donde en estancias cubiertas de marfil y oro, perfu- madas de aromas, se esconden las huries del Profeta, prometiendo y guar- dando purísimas caricias de exaltado amor. En cuanto al último rey moro de Sevilla, tú sabes que desciende directamente de aquella tribu beduina

llamada de los Lakmitas, cuyos camellos surcaban en todas direcciones el desierto y cuyas tiendas se vieron mil veces en los areniscos é inciertos límites que separan la Siria del Egipto. Y muerto ya y enterrado, los peregrinos andaluces venian de la sin par Sevilla á la triste Agmat, y recorriendo su cementerio sembrado de cipreses, arrodillábanse en el montecito de tierra que cubria su cuerpo, y vertian lágrimas tan amargas como la hiel de nuestros hígados y recitaban versos tan dulces como la frescura de nuestros oasis. Hé ahí mi ascendencia paterna y materna, grande por su poder y por su desgracia, digna de llenar la epopeya con sus hazañas y la elegía con sus tristezas. Si por esposo de tu hija me eligieras, contaría á tus nietos estas historias para que fueran dignos de sus preclaros nombres.

—La nobleza, dijo el sultan, grande privilegio entre los hombres. Con la poesía puedes encantarlos; pero sólo con la nobleza puedes regirlos. Mas ni nobleza ni poesía serian cosa alguna sin la fuerza que impulsa á la guerra. Ya hemos oido á los poetas y á los nobles; oigamos ahora á los guerreros. Adelante, Abdelazis, y háblanos de tus esfuerzos y de tus proezas, pues perplejo yo entre un gran númen y un gran nombre, quizá corte mi incertidumbre y mi duda una gran cimitarra.

—De leones hijo me llaman las africanas tribus, exclamó Abdelazis. Tú habrás visto el leon, sus guedejas erizadas sobre el fuerte pescuezo, sus garras aceradísimas, sus dientes entre los cuales parece blandir la roja lengua, sus patas y sus manos ligeras, el centelleo siniestro de sus ojos sanguinolentos, el salto de su rabia acompañado de rugidos que resuenan como la tempestad en los montes. Pues tales somos los de mi tribu en la guerra. El paso de los ejércitos, el relinchar y piafar de los caballos, el ruido de los atambores y clarines, el rechinar de los dientes retemblando á impulsos de la ira, el flamígero centelleo de las cimitarras, el trueno y retrueno de los mosquetes y espingardas, el polvo que levantan los combatientes y que en negros nubarrones se condensa, el hedor de la sangre que todo lo mancha, los gritos de los moribundos, la gozosa alegría de los vencedores y el resuello de los vencidos, todos estos trances y todos estos estruendos me exaltan y me alientan como á los corceles ligeros las músicas de la batalla y á las águilas voraces las tormentas y las tempestades del aire. Perros infieles, diremos á nuestros enemigos, no tiene el huracan fuerza tanta para desarraigar los árboles como nuestras cimitarras para desarraigar vuestras vidas de la tierra y despedir vuestras almas, chispas sacadas del pederual á los profundos infiernos. No huyais á los castillos, porque hasta sus almenas llegarán los que saben arrastrarse por tierra como las serpientes y volar por el aire como los milanos, combatir como los tigres y cebarse en los cadáveres con la crueldad de las hienas y el hambre de los cuervos. Os echaremos de vuestras ciudades como si echáramos pacientes camellos de

sus establos. Hemos visto volar á unos como perseguidas moscas y hemos visto á otros postrarse de hinojos y caer á nuestras plantas como voluntarios cautivos. Nuestra sangre jamás se ha mezclado con la sangre de los infieles; y nuestra guerrera tribu pelea desde el vientre de las madres hasta el vientre de las tumbas. Cuando Alhá quiere exterminar á las razas enemigas suyas, se vale de nuestros fuertes brazos. Habiéndonos dado para la pelea corazon de hierro, en el cual se mellan los mejores aceros, nos ha dado para el hogar corazon de niños, que se derrite como la blanda cera. Y yo, que tantos muertos he sembrado en mis batallas y tantos cautivos he hecho en mis victorias, muérome de amor á la mirada de una hermosa y me rindo esclavo suyo, sin voluntad y sin conciencia. Los reyes enemigos tiemblan y en sus tronos se estremecen al vernos; y tiembla mi corazon bajo su malla como una delicada rosa al ver la hermosura. Dejadme, pues, amar mucho: que nadie necesita en tanto grado de las virtudes del amor como aquellos que mucho han peleado y mucho han aborrecido en la tormentosa vida.

—Ya os he oido.

Dijo el Sultan, despues que el guerrero hubo acabado su discurso.

—Puesto que nos oiste, decreta acerca de nuestra suerte.

Exclamó Ayoub.

—Y te obedecerán estos tus vasallos como la fiera al domesticador, como las criaturas á Alhá.

—La recompensa que voy á daros tiene subidísimo precio. Vais á tener en vuestras manos la luz de mis ojos, el carmin de mis mejillas, la sangre de mi corazon, el aliento de mi pecho, mi hija, mi hermosa Sobeiya, amada de mis entrañas, porque el cielo no me ha concedido ninguna otra descendencia. Con ella tendreis esta diadema de Túnez que en vano quisiera arrancar el mayor rey de Francia á las sienas de mis predecesores. Con la corona de Túnez se os dará el dominio de una parte de África, compuesta de beduinos hábiles en hablar la lengua del Profeta, levantada entre el reino de Egipto y el reino de Magreb, frente á esa hermosa Italia á cuya conquista ni he renunciado yo, ni podrán jamás renunciar mis nietos: que para las grandes empresas se guarda el aliento y el vigor de los grandes deseos. Recoged, pues, esa perla inapreciable, y á fin de que pongamos á Dios tambien de nuestra parte, no quiero que dejemos de consultar á la suerte. Aquí tengo una garza, la cual, de cada tres palabras que se le dicen, repite siempre una. El nombre que pronuncie será el nombre tambien de mi yerno.

En efecto; el vizir se dirigió á la jaula áurea, donde estaba la garza real, y le dijo el nombre del poeta, Said; el nombre del noble, Ayoub; el nom-